



Domingo 13 de marzo de 1994

CULTURA

La Esfera

7

La escritora Isabel Allende condecorada en el Día Internacional de la Mujer

Un premio a las tejedoras de historias

El martes 8 de marzo el ex Presidente de la República, Patricio Aylwin, impulsó a Isabel Allende la condecoración Orden al Mérito Cultural y Docente Gabriela Mistral en el Grado de Gran Oficial. En la ocasión, la destacada novelista pronunció el discurso que a continuación se reproduce:

Recibo este honor sin falsa humildad porque no es solo mía. En verdad se le otorga a miles y miles de mujeres que —por una de esas ironías del destino— hoy me tocan representar.

Esto es un reconocimiento a las tejedoras de historias, no solo las que han tenido el privilegio de poder escribir o la suerte de ser publicadas, sino a todas aquellas que mantienen fresca la tradición oral de nuestra tierra, las que cuentan cuentos a los niños, legos sus secretos mientras resuelven ollas, cosechan o remiendan ropas, las pobres mujeres que van variando la vida día a día, a medida que la viven. Ellas son quienes registran la verdadera historia: no la de las batallas y los acontecimientos, sino la de los dolores, esperanzas y la existencia cotidiana.

También recibo esta distinción por mis compañeros peribollos que durante los años del exilio buscaban la verdad por los rincones más oscuros de la tierra.

Y también en nombre de las escritoras que luchan por ingresar en el exclusivo club masculino de la literatura, donde las pocas sagradas de las letras y la crítica ficcional son interrogadas con cuchillos entre los dientes. No es fácil para ellas. No importa cómo ni qué escriban, siempre se cuestionará su seriedad y talento.

¿Se han fijado que cuando un hombre publica cualquier papelecillo los demás corren a su alrededor y le otorgan de inmediato el título de escritor en la categoría de "promesa de las letras"? En cambio, cuando una mujer lo hace se discute una sutil conspiración para ignorar su trabajo. Si ella persevera, a la larga tal vez le asignen el título de "narradora", que, no sé por qué, me suena medio ancestral.

Parece que los escritores tienen ideas y las narradoras tenemos emociones; ellos hacen literatura y nosotros contamos chistes. Solo gran honestidad y suerte puedan ayudar a la mujer que se atreve a desafiar la norma bíblica del

silencio impuesto a nuestro sexo.

Narradoras... Se me ocurre que ha llegado el momento de apropiarnos del término y hacerlo con orgullo. Mal que mal se puede aprender a escribir —hay cursos y talleres para eso—, pero nadie puede enseñar a contar. Es como el odio para la robótica, se tiene de nacimiento o no se obtiene nunca.

La escritura es para mí un intento desesperado de preservar la memoria. Soy una crima vagabunda. Por los caminos quedan los recuerdos como desgarrados trozos de mi vestido. De tanto andar he perdido también las raíces primitivas. Rescibo para que no me demite el olvido y para nutrir las demandas raras que ahora fiero exponen al aire.

Cada día, al sentarme ante la página en blanco, cierro por un instante los ojos y vuelvo a la céntrica de la casa donde me crié, al acento del castellano de mi infancia, a las extraordinarias mujeres que me formaron: mi abuela, quien me enseñó a leer los sueños; mi madre, quien todavía me obliga a mirar a los acontecimientos por detrás y a la gente por dentro; las viejas empleadas que me transmitieron mitos y leyendas populares y me iniciaron en el vicio de las radionovelas; mis amigas feministas que en los años sesenta conspiraban para cambiar el mundo; las periodistas que me dieron las claves del oficio. Con ellas aprendí que la escritura no es un fin en sí misma, sino un medio de comunicación que en un libro antes que alguien le abra y lo lea. Solo un estado de cosas cambia por el canto.

Son los lectores quienes le otorgan el silencio a la vida. La escritura es un trabajo lento, silencioso y solitario. Mis nietas, que me ven ante la máquina durante horas interminables, creen que paso castigada. No sé por qué lo hago. Es una función orgánica, como el suco o la maternidad. No puedo describirlo sin caer en ensilencios. Contar y contar... es lo único que quiero hacer. Llevo las antenas bien dispuestas para captar las voces del



"Quiero, amigas mías, vivamos la vida como nos gustaría que fuera, como una novela, con la sensación de que cada uno de nosotros protagoniza una larga saga que vamos escribiendo día a día."

aire, susurros, lamentos, risas... las pequeñas anécdotas tanto como las grandes tragedias. Es el mejor de los casos la escritura interior da voz a quienes no la tienen o a quienes han sido silenciados, pero cuando ya lo hepp no me insongo la tarea de representar a nadie; trascender, dar un rostro a exhibir misierosos simplemente cuenta la historia en el tono de las conversaciones privadas. Imagino que estoy con una amiga contando una historia de este, contando entre lágrimas y carcajadas, como hacemos las mujeres. Digo que la literatura necesita distancia, ironía y ambigüedad. Parece que la narración

requiere más bien buen humor, intimidad y compasión.

Escribí cinco libros para jugar a mi hijo el mundo de las historias familiares y experiencias acumuladas en mi linaje. Para siempre estaba bien dispuesta para exorcizar, se cansa y los pies de mi casa y me interrogaba sobre mi vida, su primera infancia, sus antepasados. Chile, recordaba muchas celebraciones de los periódicos y me pedía que las convirtiera en cuentos. Cuando ella murió pensé que ya no tenía por qué ir para quién escribir, pero el hábito está muy arraigado y ahora sigo haciéndolo para mis nietas.

resucitar a los muertos, reunir a los dispersos.

Indignación por la brutalidad impone de las distancias que aislaron nuestro solitario continente produjo *De Amor y de Sombra*. En esas páginas quisiera encontrar a los desaparecidos y literar por ellos.

Mi tercera novela, *Eva Luna*, y los *Cuentos de Eva Luna* son libros feministas. Habrían sido insubribles sin el toque social y erótico del Caribe. La influencia de Venezuela, esa verde y alegre país donde viví durante 13 años, los salvo de ser novísimos de literatura.

El término feminista se ha desprestigiado en los últimos tiempos y voy que muchas mujeres reconocen asustadas cuando lo oyen. ¡Por Dios, no voy a pensar que no les gustan los hombres o que no se despidan las piernas! Yo anuncio con orgullo que lo soy. He cuestionado todos: tradiciones, mitos, estereotipos, leyes, religión y ciencia. Supongo que la mayoría de las mujeres se siente cómoda en su condición feminista. A mí me costó cuatro décadas aceptar. Antes quería ser hombre. No era cavidia freudiana (por favor, ¿quién puede auditar ese mundo y curricularlo específicamente? Francamente, si tuviera uno no sabría donde ponerlo... Disculpe, señor Presidente).

No es fácil ser mujer en ninguna circunstancia, pero cuando se vive en una sociedad pacífica y patriarcal es como correr en mulas, cuesta mucho. En busca parte del mundo — Chile no es una excepción, por mucho que nos vanagloriamos del carácter fuerte de los chilenos — las mujeres deben hacer tres veces más esfuerzos que cualquier hombre para obtener la mitad de reconocimiento. Las de mi edad lo saben bien, porque nos educaron para seguir los pasos de nuestros madres y nos tocó abrir camino a nuestras hijas. Por ello tenemos un precio elevado. Muchas llevamos la cabeza en alto a costa del corazón mío...

(Pasa a la Pág. 2B)

EL CROQUIS
REVISTA DE ARQUITECTURA

Una de las más importantes publicaciones de arquitectura en Chile y el mundo.

NOVEDAD: EL CROQUIS N° 82/83
Arquitectura española

Adquirido en la librería de arquitectura de la editorial CONTRAPUNTO.

Se vende en:
Tel. 3240000 - FAX 3255619

Un Premio a las tejedoras de historias [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un Premio a las tejedoras de historias [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile